
Conexión bosque-ciudad: un desaprendizaje cultural

Forest-City Connection: Cultural Unlearning

Por: Carlos Mario Uribe García¹

Resumen

Estos párrafos pretenden acercar al lector a un tema que resulta cotidiano en ciertas comunidades humanas -generalmente, en las indígenas, menos transculturizadas- y muy extraño para la mayoría de la sociedad (la sociedad mayor): el de la existencia de los espíritus del bosque y su función vinculante en un ser vivo mayor denominado bosque. Además, aquí se aborda someramente la cuestión de cómo la ciudad, expresión refinada de la cultura, tiende a ahuyentar esas manifestaciones espirituales del bosque hacia espacios más naturales, dejando un vacío en el entorno y un malestar que produce en las sociedades humanas permanente insatisfacción, debido a la artificialidad. De esta manera, se crean vacíos de "nichos" en el marco del nuevo sistema (antroposistema), los cuales tratan de llenarse con un incremento de la creación artificial (cultura), pero esto solo genera un bucle constante y acrecentado del fenómeno, así como la sensación humana de separación frente a la vida o ecosistema. Además, la relación continua de los dos grandes sistemas que son la cultura y la naturaleza, en su expresión de ambiente, no parece lograr un equilibrio a escalas locales, como en las metrópolis, y tiende poderosamente a desbalances en escalas globales. Se plantea, entonces, que el sistema cultural quizá deba desaprender parcialmente sus avances y disminuir o eliminar sus pretensiones de dominio sobre el sistema natural, para alcanzar una posición diferente, más cercana a la empatía planetaria, y consolidar la propuesta de ambiente como un sistema más conciliador e integrado.

Palabras clave: Bosques, espíritus del bosque, ciudad, cultura, vida, ecosistema, naturaleza.

Abstract

These paragraphs are intended to bring the reader closer to a subject that is a daily occurrence in certain human communities -generally, in the indigenous, less transculturated ones- and very strange to the majority of society (the larger society): that of the existence of forest spirits and their binding function in a larger living being called the forest. In addition, the question of how the city, a refined expression of culture, tends to drive away these spiritual manifestations of the forest towards more natural spaces, leaving a void in the environment and a discomfort that produces in human societies permanent dissatisfaction, due to artificiality, is briefly addressed here. In this way, voids of "niches" are created in the framework of the new system (anthroposystem), which try to be filled with an increase of artificial creation (culture), but this only generates a constant and increased loop of the phenomenon, as well as the human sensation of separation from life or ecosystem. In addition, the continuous relationship of the two great systems that are culture and nature, in its expression of environment, does not seem to achieve a balance at local scales, as in the metropolis, and tends powerfully to imbalances

at global scales. It is suggested, then, that the cultural system should perhaps partially unlearn its advances and diminish or eliminate its pretensions of dominance over the natural system, in order to reach a different position, closer to planetary empathy, and consolidate the proposal of the environment as a more conciliatory and integrated system.

Keywords: Forests, forest spirits, city, culture, life, ecosystem, nature.

Nota preliminar para la apertura

Para escribir sobre las tramas de los bosques, tratando de develar algunos de sus misterios y secretos -no porque los bosques oculten la información, sino porque hemos perdido en gran parte la capacidad de comprender sistemas complejos y, mucho más, la capacidad de conectarnos con ellos-, hay que ser bastante ignorante y, en esa medida, atrevido, o tan sensible y poeta, o tan niño y desprejuiciado, que dudé varios meses en escribir unas líneas sobre el tema, dado que no cumplo con estas últimas condiciones. No obstante, la condición inicial del atrevimiento venció.

Estas notas no pretenden ser un documento académico o regirse por el rigor científico; sino que, más bien, se ubican en los espacios literario-conceptuales, reflexivos y desapegados de las "demostraciones estadísticas", que, en general, simplifican al extremo una complejidad existencial imposible de fragmentar y de simplificar para su cabal estudio y comprensión.

Dejando de lado los temores académicos y algunos dogmas del saber tradicional occidental, con el fin de no truncar el vuelo, abro entonces la ventana del muro urbano, para tener una perspectiva más amplia.

La selva profunda y el mundo alterno de los bosques

Para abordar el tema de la conexión bosque-ciudad, es preferible seguir esa línea de acercamiento: primero al bosque y luego a la ciudad, para ver si tal separación y tal conexión realmente existen.

Con frecuencia, el concepto de bosque es entendido en su acepción más cotidiana y reducida: aquel espacio donde existen muchos árboles, arbustos, hierbas y diversidad de animales; pero poco se menciona que el suelo, las aguas, el aire, los microorganismos también hacen parte irremplazable e infrangible del bosque. Y mucho menos se dice que los bosques también incluyen otros componentes, como la energía circulante, la información e historia genética, las relaciones entre especies, las comunicaciones intra e interespecíficas, así como una diversidad enorme de otras relaciones, más difíciles de nombrar, pero cotidianamente reconocidas por las comunidades indígenas, que están menos influidas por la transculturación del pensamiento occidental.

Además, casi nunca se expresa que el bosque comprende permanentes diálogos entre especies y que es el hábitat por excelencia de los espíritus del bosque, en sus variadas manifestaciones. Las ciencias duras occidenta-

1. Ingeniero Agrónomo. Magister en Ordenamiento y Gestión de Cuencas Hidrográficas. Especialista en Educación Ambiental. Especialista en Manejo de Cuencas. Director Corporación Pro Romeral. Trabajador ambiental.

les no se atreven a aceptar esto último, pero los conocimientos y ciencias orientales no le temen a abordar el asunto y enfrentar ese camino, que requiere instrumentos, herramientas, medios, métodos y mentalidad diferentes.

Un primer acercamiento a la complejidad de este tipo de ecosistemas, en particular los bosques tropicales, nos muestra la existencia de una red complejísima donde, en realidad, no existen finales ni comienzos perceptibles. Coexisten entramados funcionales en un *continuum* permanente y dinámico. Tampoco hay quietud, ni siquiera en el ámbito geológico, que es cotidianamente concebido como inerte.

Tal grado de complejidad dinámica resulta en una confusión vital, casi en una situación caótica, que el método científico tradicional no puede resumir en ecuaciones, modelos y frases, por lo cual siempre termina simplificando esa realidad al reducirla a unas pocas relaciones entre "individuos sobresalientes" para la mentalidad humana; de esta manera crea, entre otras simplificaciones, "índices" que pretenden explicar lo que sucede en la dinámica de esas complejidades vivas.

Un paneo por el enmarañado mundo de un bosque no solo nos enseña una extraordinaria diversidad de especies, funciones y relaciones, sino que evidencia estas cualidades casi a manera de fractal, pero con la diferencia de que no se trata de una manifestación repetitiva sino cambiante, en la medida en que se aumenta o disminuye la escala de visualización y percepción.

Lo más inquietante y enervante en este ámbito para la mirada esquemática del académico y del científico tradicional es que, cuando cree tener reglas o caracterizaciones generales

que explican el conjunto, aparece en cualquier rincón, la especie, la relación y la función que contradicen la regla. Es como si hubiese una *conciencia ecosistémica* que nos pone en el sitio debido, en el sitio de la humildad, ante la creencia de que ya sabemos lo esencial del ecosistema y podemos describirlo acertadamente.

Cuando percibimos el bosque no solo desde la *periferia* en que acostumbra ubicarse la ciencia, sino que nos atrevemos a integrarnos y a perder la "objetividad", se facilita el reconocimiento de los equilibrios dinámicos que pululan y el constante renacer del enorme ser vivo: siempre reciclando, reincorporando fallecidos, que milagrosamente resurgen en otras tramas del bosque. Lo que ayer fue suelo, hoy es árbol; mañana, insecto y luego, un ágil mamífero que regresará en parte al suelo, en parte a la atmósfera o al río; mientras otra parte más se recompondrá en las dinámicas de hongos y bacterias o de otros animales, preparándolo para llevarlo una vez más a la rizosfera de nuevas plantas, que le enseñarán otras relaciones del ser unificado como bosque. Es algo así como una ley del karma natural.

Cuando se destina el tiempo suficiente al contacto con los bosques, es posible visualizar el vital estado de entrega y recepción de energía, de componentes nutricios e información, todo mediatizado por el espíritu de las cosas, por la esencia de la tierra, del agua y del sol. En tiempos o momentos de mutación, la lentitud y la quietud señalan las rutas y las relaciones posibles que garantizan los equilibrios dinámicos, dirigiendo el constante renacimiento de energías y materias nutricias hacia expresiones vivas: ya sean nuevas manifestacio-

nes evolucionadas o nuevas manifestaciones de vida ratificadas.

De otro lado, cada individuo aéreo, ya sea ágil animal o vegetal fotófilo, está representado por su complemento funcional en el ámbito de la oscuridad: el mundo de la luz, la velocidad, el viento y el bullicio cede sus dominios al mundo de la oscuridad, la lentitud, la humedad y el suelo. Y aunque parezca imposible, la biodiversidad total se incrementa en el mundo subyacente en condiciones normales: mientras en la parte aérea de los bosques predominan los individuos animales ágiles, de gran tamaño, en la parte subterránea de los bosques predominan individuos lentos, de pequeño tamaño, pero cuya masa total sumada puede superar la de los seres visibles al ojo humano. La biodiversidad estalla en multitud de organismos nictófilos, que procesan, descomponen y entregan nuevas fuentes de vida a la activa floresta.

Esta relación macro-ecosistémica, un tanto gaiana, muestra que en la naturaleza suelen predominar las relaciones sinérgicas y complementarias sobre las de competencia, a tal punto que el mundo aéreo no puede sobrevivir sin el subterráneo y viceversa; no obstante, la visión parcial y fragmentaria de la ciencia occidental siempre nos ha mostrado como predominantes las relaciones de competencia, depredación ilimitada y dominio.

Resulta, entonces, que los bosques son una confusión organizada, solo entendida íntimamente por sus habitantes cotidianos: plantas, animales, microorganismos y el hombre nativo. Por regla general, estos habitantes a veces interactúan con conciencia racional, a veces con conciencia irracional -o espiritual-,

en muchas ocasiones mediatizando los espíritus del bosque, uno de cuyos medios de visualización y comprensión pueden ser, por ejemplo, los espejos de agua, como lo propuso el griego Demetri Efthvoulos.

Este osado indagador de lo visual se atrevió, desde el arte fotográfico, a reconocer cosmogonías ancestrales y puso a reflexionar a muchos científicos y académicos de mente abierta, sobre los espíritus del bosque, visualizables en perspectivas dadas por un giro de 90°. Así mismo, ayudó a crear fisuras en el muro de las ciudades y cimentó más dudas constructivas en todos aquellos que interpretaban los bosques "mirándolos sólo en sus orillas", como dijera Germán Arciniegas.



Imagen 1. Espíritus del bosque, evidenciados en espejos de agua.

Un vistazo a la orfebrería y el arte escultórico indígena evidencia que esta visión alternativa ha existido en las comunidades originarias, como método rápido, en el enjambre de información de los bosques, para identificar permisos para la acción, respetando los equilibrios dinámicos, de los que se reconocen como parte y no como subyugadoras. En esta forma de relacionarse y de habitar existe una unión inevitable, orgánica, donde cada ser y cada relación es parte de un cuerpo vivo mayor: el bosque. Los asentamientos humanos concentrados no son más que otra parte constitutiva y funcional del ser mayor: saben guardar las proporciones y se reconocen como órgano del organismo, por eso también reconocen límites.



Imagen 2. Bosques andinos en El Romeral y sector de la urbe metropolitana, mediatizada por cerámica que muestra la creación de vida ejerciendo la mirada de 90°.

La ciudad moderna: entramado cultural

Llegando a este punto del trasegar por el espacio geográfico dominado por los bosques, cuyos límites se difuminan entre la ciencia, la magia, la religión y la percepción; y antes de ser apresados por la manigua, conviene caminar hacia otro espacio que, con frecuencia, se percibe como separado y hasta antagónico del bosque: la ciudad. En el primero predomina la naturaleza; en el segundo, la cultura. Y en este punto de

encuentro y relación, que podríamos llamar ecotono ambiental, es inevitable solicitar la ayuda de pensadores como Edgar Morin y, más especialmente, Ángel Maya, quien podrá dilucidar un poco la inevitable relación sociedad-naturaleza o cultura-naturaleza, en la compleja manifestación planetaria denominada *ambiente*.

Por lo general, las ciudades tradicionales, por lo menos en nuestros medios tropicales húmedos, se forjan a partir de la tala de amplias extensiones de bosques. Una parte del terreno se destina a cultivos y pasturas domesticadas o culturizadas, en constante confrontación entre los procesos restauradores de la naturaleza -o sucesiones vegetales- y las fuerzas impositivas del poder humano, que utilizan artificios como maquinarias y herramientas cada vez más distantes de la escala humana, y también manejan enormes cantidades de energía y materiales de la misma naturaleza. Otra parte del terreno se destina a construir infraestructuras algo inertes, aunque también cargadas del dinamismo y vitalidad que les impone la sociedad humana, y a las que se ha dado en llamar ciudades.

Estos espacios nuevos, recreados culturalmente, no solo sirven de albergue durante toda la vida, o la mayor parte de ella, para la generalidad de habitantes urbanos, sino que terminan constituyéndose en referente e ideal social; manteniendo, por un lado, un malestar existencial y, por el otro, el bienestar vivencial, con base en aseguramientos y satisfacciones inconclusas de necesidades muchas veces irreales.

De todas maneras, la mayor parte de las personas "siente" el vacío de la espiritualización

perdida de las ciudades, fenómeno que tratan de ocultar bajo estrategias culturales como la velocidad informativa y sensorial -más allá de los ritmos humanos-, el ruido desarmonizado, la uniformidad en el habitar, el cartesianismo territorial, la ruptura de ciclos -y, con ella, la generación de desperdicios que se acumulan- y la insostenibilidad energética -con la necesidad que conlleva de constantes subsidios extraídos de la naturaleza-. Estas estrategias culturales ayudan a ocultar el vacío social, entreteniendo la conciencia humana en atender aquellas cualidades o prácticas que impone la cultura, y dejando muy poco tiempo a la atención de las cualidades naturales, que quedan reducidas a las necesidades básicas: comer, dormir, procrear... y mirar a las estrellas en busca de un algo perdido y necesitado.

Pero, en general, siempre se repite la sensación de vacío cosmogónico, la carencia de contacto con la naturaleza, la pérdida parcial de nuestra condición animal, interdependiente con los procesos ecosistémicos; se repite la sensación de cosificación humana.

Y como respuesta a esta incómoda sensación, se presenta un acrecentamiento y afinamiento de la cultura (a pesar del malestar generado, al decir de Freud), manifestados en la actualidad con mayor artificialidad y tecnología, con el incremento en la velocidad de los sucesos y de la recepción de información. Todo esto no nos permite reflexionar y, en esa medida, nos inculca una especie de somnífero existencial que nos facilita la aceptación de que seamos llevados por la corriente del sistema, no del ecosistema.

El buen sensible y observador siente que los espíritus del bosque han huido a los bosques remanentes. Los animales silvestres

urbanos asemejan a mascotas y los árboles urbanos han perdido sus derechos a difundir información, a llegar a acuerdos o establecer luchas por la ocupación del espacio, pues este les es impuesto por el ser humano: ya no lidian con la misma vitalidad de los bosques, ni tienen contrapartes a quienes servir ni de quienes servirse, tampoco generan casas (microhábitats) para su descendencia. Los espíritus se han ido o se ocultan tan bien que no los percibimos.

El esfuerzo cultural de la ciudad por contrarrestar un poco esta situación mediante la construcción de parques ecológicos urbanos, jardines botánicos, rondas hídricas "funcionales", separadores verdes y, en el mejor de los casos, "corredores ecológicos" y cinturones verdes periurbanos, no parece ser suficientes para sanar la sensación de ruptura entre el bosque y la ciudad, entre la naturaleza y la cultura. Entonces, ¿por qué algunos pensadores ven nuevas relaciones, en vez de rupturas y separaciones?

Con el concepto de ambiente, abordado en profundidad por Ángel Maya y otros pensadores en Colombia y diversas partes del mundo, se intenta resolver la duda sobre si los sistemas natural y cultural están separados o no; y la duda se resuelve argumentado que el ambiente es precisamente la expresión de la relación entre naturaleza y cultura. Diversos autores aseguran que esta relación es tan amplia y generalizada que, prácticamente, ya no existe naturaleza prístina en el planeta, pues hasta el último espacio ha sido influido y modificado por la cultura, y en esa medida el planeta es solo ambiente. Según esto, podría decirse que se pregona: ¡la naturaleza ha muerto, viva el ambiente!

Bajo esta perspectiva, la relación bosque-ciudad

dad no solo es real, sino que es inevitable, y cada vez se profundiza y agranda más. Pero es una relación extraña, en la que la parte boscosa, con sus funciones originales y sus espíritus, va constriñéndose, mientras los nichos libres o vacíos que se generan en todo el emergente antro-po-ecosistema son reemplazados por nichos artificiales, bajo el control de la cultura. Incluso, en perspectiva histórica, algunos pensadores ya definen estas posibilidades como la nueva singularidad.

En realidad, este extremo conceptual parecer corresponder a una distorsión de los enfoques ambientalistas de Ángel Maya y otros pensadores, que exponían más la necesaria armonización de la relación naturaleza-cultura y no el acrecentamiento de la presunta guerra por el dominio de "la libertad" y el control.

El antro-po-ecosistema no sería más que la manifestación del ecosistema vigente -con sus relaciones un tanto azarosas y evolutivas, regido por leyes naturales-, pero al que, bajo influencia humana, se le van sustituyendo progresivamente las relaciones, especies, nichos y aún las leyes que lo rigen. Todo bajo la égida de la cultura humana, con sus manifestaciones tecnológicas, intereses, conducciones de flujos y decisiones controladas.

En el fondo, es difícil decidir si esta interpretación sobre el *ambiente* es correcta o no, o si está marcada por un fuerte antropocentrismo (condición vital para permitir un nuevo y efímero respiro al sistema político-económico actual, que manifiesta sus últimos estertores históricos), que no logra esconder que está embebido en una posición emotiva, positivista e ideológica, más que científica.

Pero las comunidades originarias, aquellas con poco contacto con el *sistema* y las grandes urbes, parecen tener otra vivencia y otro

punto de vista. Incluso, las llamadas culturas no contactadas probablemente tengan otras creencias, percepciones y conocimientos, más próximos a los determinados por las relaciones con los espíritus del bosque, por los activos diálogos con ellos y la complejidad de un planeta vivo. En esa medida, quizá estas culturas pueden acceder a conocimientos derivados de experiencias -fortuitas o no- que datan de cientos de millones de años y no tan solo de unos pocos siglos, como las percepciones occidentales.



Cómo citar este artículo:

Uribe García, C. (2020). Conexión bosque-ciudad: un desaprendizaje cultural. Revista Ambiental ÉOLO, Edición Nro.19, año 14, pág. 140-146.
<http://revistaeolo.fconvida.org/index.php/eolo>